

Bruno Schlegelberger

## Antonio Julián y su descripción de las culturas autóctonas

### 1 Vida y obra

Antonio Julià, cuyo apellido en las portadas de sus publicaciones aparece castellanizado como Julián, nació en Camprodón, Provincia de Gerona el 3 de mayo de 1722.<sup>1</sup> A los 17 años entró en la Compañía de Jesús. Diez años más tarde en 1749, por orden del rey Fernando VI, vino a Cartagena, Nueva Granada, en un grupo de siete jesuitas destinados a hacer trabajo misionero entre los Guajiros. A pesar de una contraorden del rey destinando a los jesuitas al Darién, el Padre Julián se quedó al servicio del nuevo obispo de Santa Marta, José Xavier de Arauz, quien también llegó en esos días. Cuando el obispo fue trasladado, Julián le siguió a Santafé, donde ocupó la cátedra de teología dogmática en la Universidad Javeriana hasta ser expulsado el 6 de agosto de 1767. Murió en Roma el 11 de septiembre de 1790.

Sus dos obras publicadas se refieren a las culturas autóctonas de Hispanoamérica. La primera se publicó en Madrid 1787 bajo el título *La Perla de la América*. Se trata de una descripción geográfica de la Provincia de Santa Marta que incluye informaciones en torno al mundo indígena. La segunda titulada *Trasformazione dell'America*<sup>2</sup> se publicó en Roma 1790. El subtítulo *Trionfo della S. Chiesa su la Rovina della Monarchia del Demonio in America dopo la Conquista fattane da' Monarchi delle Spagne*, corresponde bien al contenido: se trata de

---

<sup>1</sup> Cf. Romero, Mario Germán (1994, Introducción, en: *Monarquía del diablo en la gentilidad del Nuevo Mundo Americano* (Instituto Caro y Cuervo) Santafé de Bogotá, pp. 9-13.

<sup>2</sup> *Trasformazione dell'America o sia Trionfo della S. Chiesa su la Rovina della Monarchia del Demonio in America dopo la Conquista fattane da' Monarchi delle Spagne [...]. Opera del sacerdote Antonio Julián Stato per molti anni Missionario in quelle parti*, Roma 1790.

una apología del imperio español. El manuscrito de la supuesta versión original en español fue transcrito y publicado con una introducción por Mario Germán Romero en Bogotá en 1994.<sup>3</sup> Aparte de estos dos libros, la lista establecida por Mario Germán Romero contiene tres títulos sin publicar de historia, más otros siete de teología.<sup>4</sup>

Las dos obras están escritas con clara tendencia apologética contra los detractores de su patria España. En *La Perla de la América*, el autor cuenta cómo un erudito abate italiano le enseñó como un tesoro de su biblioteca “el libro de Fray Bartolomé de las Casas, tan sangriento contra los Españoles sobre las crueldades executadas con los Indios” (p. 119).<sup>5</sup> Julián percibe una antipatía contra los Españoles y la atribuye a publicaciones que calumnian a España. A su modo de ver, la base de las calumnias la forman las relaciones de Las Casas. Para refutarlas, el autor antepone a la segunda parte de *La Perla de la América* dos discursos preliminares. El primero ya expresa en el título su tesis apologética: “Que la destrucción de las Poblaciones Indianas de la costa de Tierra Firme no debe atribuirse á los Españoles, sino á los extrangeros” (p. 119). Julián relata las atrocidades que cometió el alemán Ambrosio Alfinger recorriendo el Valle de Upar y las orillas del río Cesar que entonces pertenecían a la Provincia de Santa Marta. También cuenta barbaridades cometidas por holandeses y franceses contra las naciones del Orinoco. Sin embargo, contrapone a esos malos ejemplos otros buenos, como los de los alemanes Carlos V y Federmann o de un gobernador francés de la Martinica, para afirmar que tanto entre los alemanes, franceses y holandeses como entre los españoles hay excepciones a así concluir que no se debe juzgar a las naciones según las acciones de

---

<sup>3</sup> Julián, Antonio (1994), *Monarquía del diablo en la gentilidad del Nuevo Mundo Americano* (Instituto Caro y Cuervo) Santafé de Bogotá. – En la introducción a su edición de la *Monarquía del diablo* (1994), 17, Romero cita el título completo del manuscrito que se encuentra en la Biblioteca de la Universidad de Yale: “Monarquía del diablo en la gentilidad del Nuevo Mundo Americano derribada y destruida por los Católicos Monarcas de España: Triunfos de la religión en los dominios conquistados con la fe, valor y armas de los españoles: con reflexiones para confundir a los anticatólicos mordaces émulo de la nación española benemérita de todas las naciones del orbe en conquista tan gloriosa. Historia interesante a la Religión y Monarquía. Compuesta por don Antonio Julián ex-jezuíta”.

<sup>4</sup> Romero, Mario Germán (1994), pp. 14 ss.

<sup>5</sup> En las citas se guarda la grafía de la edición facsimilar de 1994.

unos individuos malos. Siguiendo con el tema, opone en el segundo discurso preliminar a “los estragos hechos por los extranjeros en aquellas Naciones [...] las benignas leyes, y providencias de los Católicos Monarcas á favor de los Indios” (p. 136). Por lo que se refiere a la Provincia de Santa Marta, cita a Lucas Fernández Piedrahita,<sup>6</sup> cuyo testimonio le parece verosímil en vista de que relata que la zona le pareció despoblada de indios:

“En efecto, he atravesado yo tambien ese deliciosísimo valle de Upár, y puedo asegurar, que en mas de treinta leguas de tierra no hay sobre las márgenes del Cesare ni una poblacion de Indios, ni un Indio siquiera, hasta la dicha laguna de Zapatosa, y pueblo llamado Chiriguaná, que está ya inmediato al Rio Magdalena” (p. 123).

Para las naciones del Orinoco le sirven de fuente cuadernos manuscritos de un misionero del Orinoco, Roque Lubián.<sup>7</sup>

Con una intención apologética todavía más exacerbada está redactado el libro titulado *Trasformazione dell'America*. El propósito de esa obra lleva al autor a abarcar toda América, por lo cual sus referencias a las culturas autóctonas se basan en la *Historia natural y moral de las Indias* de su correligionario José de Acosta. *La Perla de la América*, en cambio, es más sobria así como más informativa respecto a las culturas indígenas, ya que se trata de una obra limitada a regiones que por partes el autor ha conocido personalmente.

En vista de los sufrimientos infligidos por Carlos III a los jesuitas, llama la atención el respeto que guarda Julián por el rey. En *La Perla de la América* por ej., al aludir a un proyecto de pacificación de los Chimilas, habla de “la insigne piedad de nuestro Monarca, el Señor Carlos III”.<sup>8</sup> En la *Trasformazione dell'America* introduce y termina su exposición con testimonios de deferencia al monarca: “el argumento y fin de esta breve historia (es): demostrar cómo estaba la América antes de la conquista debajo del bárbaro, cruel, impío, despótico dominio del tirano príncipe de las tinieblas Luzbel, y cómo está en nuestros días en lo divino y humano, político y civil debajo del suave, paternal, sabio y cristiano imperio de nuestro católico monarca de las Españas

---

<sup>6</sup> La Perla, pp. 122 ss.

<sup>7</sup> La Perla, p. 142.

<sup>8</sup> La Perla, p. 174.

Carlos III, que Dios guarde”.<sup>9</sup> No tuve la oportunidad de examinar las cartas y apuntes personales del autor. Pienso que el exilio le hizo más sensible a cualquier crítica que venía de fuera. De todas maneras su respeto por Carlos III compagina bien con la perspectiva apologética que comparte con otros jesuitas exilados que se sintieron provocados por publicaciones de autores ingleses, franceses y holandeses que presentaban la empresa colonizadora de los españoles en perspectivas no siempre benévolas. En *Trasformazione dell'America*, Julián se refiere varias veces a la obra de Girolamo Benzoni<sup>10</sup> que ha conocido en la versión de Chauveton/de Bry; también hace mención del abate francés Guillaume Raynal y del escocés William Robertson. Miguel Batllori en su estudio sobre *La literatura hispano-italiana del Setecientos*,<sup>11</sup> menciona además de la *Histoire philosophique et politique des établissements des Européens dans les deux Indes* de Raynal (Amsterdam 1770) las *Recherches philosophiques sur les Américains* del holandés Cornelius de Pauw (Berlín 1768-69). Según Batllori

“estas [...] obras desvalorizaban la empresa colonizadora de España y la labor evangélica de los jesuitas, la misma naturaleza del nuevo continente y las cualidades humanas de las razas indígenas. Precisamente contra estas cuatro posiciones o tesis surgieron en Italia cuatro grupos de obras antitéticas: las apologías de la colonización hispánica, las defensas de la obra realizada por la extinta Compañía de Jesús, las poesías y estudios en loa del paisaje y de la naturaleza del nuevo mundo, las obras históricas, etnográficas

---

<sup>9</sup> Cita del manuscrito castellano: Antonio Julián, *Monarquía del diablo*, p. 46; cf. también p. 186.

<sup>10</sup> Benzoni, M. Girolamo (1967), *La Historia del Mundo Nuevo*. Traducción y notas de Marisa Vannini de Gerulewicz. Estudio preliminar de León Croizat (Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Fuentes para la historia colonial de Venezuela, vol. 86) Caracas. – Esta edición indica en una lista entre otras la siguiente edición: *Historia Indiae Occidentalis, tomis duobus comprehensa. Prior, res ab Hispanis in India Occidentali hactenus gestas, acerbum illorum in eas gentes dominatum, insignéque in Gallos ad Floridam insulam saevitiae exemplum describit. Alter veró, Brasiliæ (quæ & America dicitur) rerúmque in ea observatione dignarum a nobis penitus incognita descriptionem continet. Hiernoymo Benzoni [...] & Ioanne Lerio [...] autoribus. Ex eorum autem idiomate in latinum sermonem Urbani Clavetonis & G. M. studio conversi [...] Addita est Totius Indiae Occidentalis [...] descriptio [...] Geneva. E. Vignon, 1586.*

<sup>11</sup> Batllori, Miguel (1966), *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos. Españoles – Hispanoamericanos – Filipinos 1767-1814*. Madrid, pp. 15-54.

ficas y lingüísticas sobre América en general y sobre el hombre primitivo americano en particular”.<sup>12</sup>

Battlori constata que fueron los españoles nacidos en Europa que, expulsados de América, se dieron a la defensa de la obra colonizadora, mientras que los criollos se contentaban con unas reverencias a España. Según Battlori la actitud de los jesuitas criollos se explica por “un profundo sentido regionalista que se podría llamar prenatal, y que la nostalgia de ausencia y las persecuciones sufridas de parte del rey y de los ministros reales, acreció y aceleró en el exilio”.<sup>13</sup>

Julián introduce su historia geográfica de Santa Marta con una *Prevención crítica al lector discreto* en la cual presenta las deficiencias de varias geografías y diccionarios de pluma extranjera que ha visto en Italia. La obra se divide en tres partes. Como el título *La Perla de la América* deja prever, hace un elogio de la provincia poniendo de relieve las posibles ventajas económicas de la colonia. Comienza con una presentación de las riquezas y ramos de comercio de la Provincia de Santa Marta (I) y termina con una descripción de los puertos admirables de mar, y ríos [...] para el recíproco comercio (III). Entonces no es de extrañar que las Naciones de Indios de la Provincia de Santa Marta (II) sólo son consideradas bajo el aspecto de su posible integración a la sociedad formada por los españoles y criollos. Julián lamenta que

“las compañías de comercio Españolas [...] se van á fomentar lexanas tierras, y a estrujar el poco jugo de remotísimas Provincias, dexando á la de Santa Marta mas vecina y rica, para los extrangeros, que, como he visto, y con dolor de mi corazon, se llevan clandestinamente los generos mas preciosos, las perlas, los polvos, y las puntas de oro de la despreciada Santa Marta” (p. 3).

Su intención es descubrirle a los españoles, y también a otras personas, que podrían contribuir al progreso de la perla que permanece escondida. El retraso de la provincia se debe al “haber(se) dexado en ella las fatales reliquias de tres barbaras naciones que la circundan: naciones indomitas rebeldes hasta ahora á la Religion, á la Corona de España, y á la

---

<sup>12</sup> Battlori, l.c., pp. 44 s.

<sup>13</sup> Battlori, l.c., pp. 581 s.

pacífica civilidad” (p. 3). Estas naciones, los Chimilas, los Motilones y los Guajiros, ocupan los mejores terrenos e impiden el libre comercio por sus emboscadas o, como es el caso de los Guajiros, constituyen un riesgo para la sociedad colonial por quedarse fuera de control contrabandeando con extranjeros.

Desde los principios de la colonización las autoridades políticas y las fuerzas comerciales trataron de someter la misión a sus propios intereses. Ya Bartolomé de Las Casas señaló que el fin del comercio debería ser sometido al fin de la evangelización. José de Acosta, que no sólo escribió una *Historia natural y moral de las Indias*, sino también una obra dedicada exclusivamente al tema de la misión, *De procuranda indorum salute*, tuvo que afrontar la contradicción fundamental existente en la mezcla de colonización y misión. Tuvo que motivar a los misioneros para que siguieran trabajando en el difícil contexto colonial y urgir a las autoridades políticas para que cumplieran con su responsabilidad social. Es de notar que Julián no ve ningún inconveniente en que los pueblos indígenas fueran sometidos: más bien al contrario, él mismo promueve la conquista. Por otro lado, no puede cerrar los ojos ante el exterminio de muchas poblaciones autóctonas.

## 2 Las culturas autóctonas

En la segunda mitad del siglo XVIII muchos pueblos indígenas ya habían sido exterminados. De algunos, dice Julián, ni se conserva el nombre, de otros por lo menos se lo recuerda. También afirma que hay unos tantos más como los Mamatócos, los Masingas, los Chiriguanáes que sólo tienen el nombre del lugar donde habitan, porque “los Indios ya no saben de que Tribu son” (p. 144). Esa explicación insinúa que los indígenas afligidos y perseguidos por los colonos conquistadores se dispersaron y reagruparon de manera que ya no podían recordar los lugares de su origen. Sólo los indígenas de Bonda y Gayra, opina Julián, “conservan el nombre de su antigua Nación” (p. 145).

“Las Naciones que presentemente existen, y se conocen por el nombre propio, son seis. Los Chimilas, los Guajiros, los Motilones, los Coyaymas, los Aruacos, y los Túpes. A mas de estos hay Indios en Becerril, en Villa nueva, en Molino, en Borotaré, en Chiriguaná, en el Banco, en San Bernardo, y varios pueblos de las orillas del Magdalena, y junto a la ciudad misma

de Santa Marta, en el pueblo de Gayra, y tres o quatro pueblos mas. En todos estos pueblos son pocos los Indios, y se llaman con el nombre del pueblo que habitan" (pp. 144 s.).

En cuanto a los famosos Tayronas, Julián destaca su avanzada tecnología y poder político. Traduce su nombre por "fragua", refiriéndose a Antonio de Herrera y Tordesillas. Citando a Lucas Fernández Piedrahita, describe el alcance de su dominio, el cual comprendía casi toda la región desde el Urabá hasta la Sierra Nevada y el río de la Hacha. Le parece improbable que una nación tan fuerte y rica, de la cual no se había oído nada de guerras intestinas ni con tribus contiguas, se haya extinguido. Se inclina a creer que se mezclaron con los Chimilas que siguen asaltando a los españoles (cf. pp. 148 y 163).

### 2.1 *Los Ar(h)uacos y Túpes*

Antes de pasar a las naciones "bárbaras y terribles", Julián dedica un capítulo a los habitantes de la Sierra Nevada de Santa Marta. Conoce dos grupos, los Ar(h)uacos y los Túpes que, según él, son los únicos que viven en la Sierra Nevada. Supone que, en ese momento, ya viven pocas gentes en la Sierra. A base de su lectura de un manuscrito de un antiguo misionero y de una vida de San Luis Beltrán, junto con la *Descripción del Universo* del geógrafo francés Mallet, trata de explicar la escasa población por una fuga hacia el Orinoco, donde viven los Arawak, los que confunde con los Ar(h)uacos.<sup>14</sup>

Julián conoció a los Arhuacos en 1750 cuando una delegación de ellos —con su cura y doctrinero, un sacerdote gallego—, visitó al obispo que pasaba por la Ciudad del río de la Hacha. Recuerda:

"Con esta ocasion vi aquellos pobres Indios, vestidos a la moda de tierra fria, porque están debaxo de la gran nieve que cubre perpetuamente la cumbre de la altísima Sierra Nevada, los pies descalzos, la melena larga, el color mas que trigüeño, propio de Indio de país frio, gente de poco espiritu, pacifica, de genio corto: los hubiera tenido por Salvages mansos, sino vienen con su Cura" (p. 150).

---

<sup>14</sup> En el censo de 1993 fueron registrados 20.110 indios: 12.880 Arhuacos, 926 Kogi, 1384 Wiwa y 5000 Kankuamɛ.

El cura le informó que todavía no todos habían sido “reducidos a la Santa Fé” y que aun los conversos mantenían “resabios de la idolatría”.

“Contome à este proposito que no habia mucho tiempo que los habia hallado congregados en una gran caney, esto es, casa grande de paja donde celebraban á su moda una fiesta, y realmente se reducía á idolatría. En vez de alguna imágen de Christo Nuestro Señor, de Maria Santisima, ó de algun Santo, tenian colocada en lugar eminente una quixada de mono, bien adornada y arreada de joyas y cadenas de oro, y le hacian fiesta, y le daban culto, como á no sé que Dios, si de los micos ó de las Sierras, ó de los Salvages” (pp. 150 s.).

No se ve el más mínimo esfuerzo de parte del doctrinero o de Julián por comprender algo de la cultura de los que juzgan de pocas luces e idólatras. El doctrinero reacciona rompiendo la ceremonia y echándoles todos afuera. – Casi 60 años antes, en 1691, el agustino Francisco Romero ya había hecho una expedición a las montañas en la región de Atanquez con el fin de descubrir y destruir templos de los Arhuacos.<sup>15</sup> El comportamiento irrespetuoso e intolerante de los misioneros frente al culto tradicional no cambió hasta los últimos decenios del siglo XX. Sin embargo, el control de la administración eclesiástica y civil sobre los pueblos de la Sierra Nevada hasta principios del siglo XX fue muy limitado. Y hasta el día de hoy los pueblos autóctonos de la Sierra Nevada de Santa Marta, aunque fuertemente presionados por los colonos en gran parte refugiados de las guerras civiles, se resisten a dejar sus tradiciones ancestrales aunque muchos se dejan bautizar.<sup>16</sup>

Además de los Arhuacos, Julián menciona a los Túpes, los cuales no conoció personalmente, sino por un memorial dirigido a Felipe V. Según este relato, “por los años de 1721” dos Jesuitas pasando por el Valle de Upar con destino a Santafé de Bogotá, se toparon con una tropa de Indios Túpes. Los indígenas no los recibieron disparando

---

<sup>15</sup> Romero, Fray Francisco (1955), *Llanto sagrado de la América Meridional*. Lo publica nuevamente conforme a la edición milanese de 1693, con una introducción biográfico-crítica, Gabriel Giraldo Jaramillo, Bogotá (ABC).

<sup>16</sup> Cf. Schlegelberger, Bruno (1995), *Los Arhuacos en defensa de su identidad y autonomía, Resistencia y sincretismo*, Santafé de Bogotá (Centro Editorial Javeriano).



flechas sino con signos de reverencia.<sup>17</sup> “Los Padres reconocieron aquel terreno y hallaron veinte y un mil caneyes, ó ranchos de Indios Túpes” (p. 152). No pudieron aceptar la invitación de “predicarles e instruirles en la ley del cielo”, porque aquella región estaba asignada a otros misioneros. Julián sueña con una oportunidad perdida:

“¡Que lástima que algun operario Evangélico no emprehenda la reducion de estos Túpes, y de todos los Ar(h)uacos! Fuera esta una de las mas faciles, deliciosas, y ventajosas reduciones que se puedan hacer para gloria del Señor, bien de aquellas almas tan dociles y pacificas, para adelantamiento de la Real Corona, por ser montaña de tesoros preciosos la Sierra Nevada que tales Indios habitan, sin aprovecharse de sus riquezas” (p. 153).

## 2.2 Los Chimilas

Mientras que a los Arhuacos y Túpes los caracteriza como mansos y dóciles, a los Chimilas los llama “corsarios, inquietos, crueles, y traidores” (p. 154). Son bárbaros, pues nunca han sido conquistados; son traidores, pues ponen emboscadas a los que navegan el río Magdalena. Basándose en una entrevista con un cacique y una Real Cédula expedida en 1650 calcula que son sólo unas doscientas familias. No viendo mención de los Chimilas ni en la *Historia de las Conquistas* de Fernández Piedrahita<sup>18</sup> ni en la vida de San Luis Beltrán que debe haber pasado por estas tierras, Julián supone que, presionados y rodeados por los españoles, los Chimilas se unieron con los Tayronas. Estima que es muy reducido el terreno donde tienen sus ranchos de paja, sus labranzas y platanales. Pero el campo donde operan contra los españoles se extiende “desde el río de la Magdalena, hasta los pueblos del Molino, y Villanueva, situados en los confines de la Provincia hacia el Oriente; y desde las inmediaciones de la Ciudad de Santa Marta hasta Tamalaméque, última ciudad hacia Mediodía” (p. 158). A pesar de limitarse a describir el peligro que constituyen, Julián deja transparentar en su relato algunos rasgos culturales de los Chimilas: viven en bohíos, tienen sementeras

---

<sup>17</sup> Cf. Reichel-Dolmatoff, Gerardo (1951), *Datos histórico-culturales sobre las tribus de la antigua gobernación de Santa Marta* (Instituto etnológico del Magdalena, Santa Marta), Bogotá, pp. 102 s.

<sup>18</sup> Fernández Piedrahita, Lucas (1973), *Historia general de las conquistas del Nuevo Reyno de Granada* (Amberes 1688); = Noticia Historial [...], Bogotá.

(p. 158) y ganado (p. 168), van a cazar y emboscar; “tienen en los pueblos espías que les avisan, y les dan soplo de los pasajeros” (p. 162); “van desnudos, y todo el cuerpo pintado de achote (color como de almágre)” (p. 161). Como armas usan flechas que “son mas largas que las de otras Naciones: tendrán por lo menos cinco palmos buenos de largo” (p. 159) con puntas unas de “hierro, otras de leño fortísimo” o de espina de pescado (p. 160). Por lo menos algunas puntas de flecha están envenenadas. Echándose al agua inmediatamente uno puede salvarse del veneno. Julián lo interpreta según el concepto tradicional de la medicina: “Debe ser el veneno calido, y por eso es el agua su antidoto, que se descubrió pocos años hace con el accidente de caer en el rio al golpe y dolor de las flechas un Indio de otra Nacion flechado del Chimila” (p. 159). En las sepulturas tienen la costumbre de ponerle al difunto una tutuma de chicha al lado, y ciertas sonajas (p. 159).<sup>19</sup>

Julián lamenta que los Chimilas, a pesar de ser tan pocos, no hayan sido pacificados, debido a que las mejores previsiones de los monarcas y las buenas intenciones de sus virreyes no suelen tener efecto. No carece de actualidad lo que dice Julián resumiendo sus experiencias con la administración colonial:

“ningun proyecto que no lleve su cola: ninguno tan puramente dirigido al bien público de aquellas pobres Naciones, á secundar las intenciones y deseos del Monarca, que no arrastrárá una larga consecuencia de ventajas considerables al bien del particular que formaba el proyecto. Por eso regularmente, ni tienen efecto los proyectos, ni siquiera comienzan á ponerse en execucion, porque, ó faltan los medios conducentes á sus particulares ideas, ó porque los que gobiernan en nombre de su Magestad, no quieren dar la mano, ni abrir las Reales caxas, para fomentar designios que tiran mas á las ventajas de un particular que al bien de las Naciones, y de la Monarquía. Despues de un proyecto viene otro ejusdem furfuris, tan bueno como el primero: entre tanto se pasa el tiempo del gobierno, y las cosas quedan en su primer estado [...]” (p. 158).

Pero Julián no resigna. Ve que la fundación de unos pueblos en las orillas del Magdalena y en las faldas de la Sierra Nevada no pudo contener a los Chimilas porque los pobladores eran “todos los reos que entre cepos y cadenas gemian en las cárceles del Reyno”, “pobre gente, pe-

---

<sup>19</sup> Cf. Reichel-Dolmatoff, l.c., pp. 104 s.

queña turba de Indios mansos, de Mulatos, y razas semejantes” (p. 164). Entonces explica las ventajas de un camino seguro y propone que, para empezar, fueran enviados unos dos o cuatro misioneros con colonos protegidos por tropas prestadas de Cartagena o Santa Marta.

### 2.3 Los Motilones

La obra de Julián ofrece escasos datos etnográficos sobre los Motilones.

“Confina la tierra, dicha comunmente de Motilones, con ciudades de diversas Provincias. Hácia el Norte confina con la de Maracaybo, á Levante con la de Mérida, á la parte del Sur con la de Cúcuta, y Salazar de las Palmas; y hacia el Poniente con las últimas Ciudades de la Provincia de Santa Marta, que son Ocaña, y Tamalaméque” (p. 176).

Ocupando un territorio más amplio que actualmente, obstaculizan el tráfico comercial y también a veces sus excursiones ponen en peligro el trabajo en las haciendas. Sin embargo, Julián se ve obligado a corregir a otro ex-jesuita y misionero italiano, Gian Domenico Coletti que en su *Dizionario storico-geografico dell'America meridionale*<sup>20</sup> sitúa a los Motilones en la Provincia de Santa Marta, donde muchas veces habrían destruido pueblos y cultivos. Dice que hubiera sido mejor asignarlos a la Provincia de Venezuela:

“Ni ha habido jamas tales villas y lugares de la Provincia, por donde, y hasta donde pueden salir los Motilones, ni hay memoria de tales ruinas: que tal vez hayan hecho algun daño á alguna hacienda, esto sí es verisimil; lo demas que afirma Coletti (sic) no tiene fundamento. [...] juzgo que la verdad se ha de decir aunque sea á favor de un barbaro” (p. 179).

El interés primordial que manifiesta Julián respecto a los Motilones es recordar un proyecto para facilitar el comercio abriendo un camino desde Maracaibo por el Valle de Upar, la Hacienda de la Casa Rincón, el Puerto Real de Ocaña a Mompós de donde tirando río arriba se llegaría por el Puerto de Opón a las cercanías de Santafé. De Mompós río abajo se llegaría a Cartagena. La realización de este proyecto, dos veces

---

<sup>20</sup> Coletti, Gian Domenico (1771), *Dizionario storico-geografico dell'America meridionale*, Venecia. – Cf. Batllori, l.c. p. 587.

iniciado y abandonado, podría reducir el viaje de dos meses a menos de tres semanas (cf. pp. 181 s.).

## 2.4 *Los Guajiros*

Julián se siente más autorizado para tratar sobre los Guajiros, ya que anteriormente había sido destinado al trabajo misionero con ellos. Afirma “que pocos, ó ninguno de quantos presentemente nos hallamos en Europa, puede dar mas individuales noticias de esta Nacion” (p. 188). Tuvo muchas oportunidades de tratarlos y conversar con ellos no sólo en la Ciudad del río de la Hacha, a donde solían concurrir, sino también en sus tierras. Habla del mucho trato e amistad con un sacerdote, hermano (solamente de madre) de un Cacique. Hablando sin más del “hermano del Cacique” (p. 189), insinúa que este hubiera sido el jefe principal, lo que sin embargo parece poco probable. También recogió informaciones de los cinco Capuchinos que ya obraban como misioneros entre los Guajiros. Aun después de haber sido trasladado, Julián siguió interesado en los Guajiros, manteniendo contacto con el Cacique Don Cecilio.

Al constatar que Fernández Piedrahita apenas menciona a los Guajiros, Julián opina que “nunca se les presentó batalla, ni se hizo entrada formal en sus tierras para conquistarlos” (p. 189). Por eso mantuvieron su libertad y permanecieron numerosos. Según su amigo, el hermano del cacique, los Guajiros llegaron a ser hasta setenta mil personas, cuando se fundó la Ciudad del río de la Hacha, y se estimaba que todavía fueran unos 16 o 20 mil. La disminución poblacional puede atribuirse a enfermedades introducidas por los extranjeros o explicarse por “las muchas guerras que han tenido con los Cocinas sus vecinos” (p. 189). Julián les caracteriza como “Nacion belicosa y valiente, y en medio de su barbarie, muy civil con los extrangeros, con quienes tiene casi continuo comercio” (p. 187). Como pescadores de perlas ganan bastante para comprar aguardientes, esclavos negros, y armas de fuego. Su riqueza se debe al extenso comercio clandestino con ingleses y holandeses que les procuran las armas de fuego. Cuando aparecen en la ciudad se ven bien vestidos. Sin embargo, Julián se imagina que fuera del influjo de la civilización, “dentro de sus tierras [...] andarán como nuestros primeros Padres en el Paraíso recién criados” (p. 190).

Le llaman particularmente la atención su vestido y su habilidad guerrera. Además elogia su idioma. Dice que su modo de vestir difiere del que usan las otras naciones tanto de las zonas frías como de las cálidas. Los describe tal como aparecen todavía en nuestros días:

“Los varones sobre el vestido interior, que consiste en una media camisa de algodón, que llaman allá Chamarreta, llevan una especie de clamide, ó manta de varios colores terciada sobre el hombro, y les va á caer sobre los calzones, que también son de algodón, hasta media pierna. De un lado llevan pendiente la mochila del Hayo, y colgado á la cintura el Popóro, que es el calabacito donde tienen aquella cal finisima, hecha de las conchitas del mar bien molidas [...], y así van entrando, y caminando por la Ciudad con un ayre magestuoso y dominante, que muestra los humos que conserva todavía la Nacion Guagira” (p. 190).<sup>21</sup>

No sólo vienen al mercado para vender leña, telas de algodón, hilos de perlas y otras cosas más, sino también vienen a disfrutar las fiestas españolas:

“En la fiesta de la Purificación de Maria Santisima, [...], concurrían por lo menos dos mil Guagiros á comerciar con perlas que llevan, y á ver los toros, y fuegos, etc. y á vueltas de eso, participar también de las reliquias sólidas y líquidas de tan general y alegre solemnidad” (p. 190).

Sin embargo, la admiración de Julián por la apariencia de los Guajiros se mezcla con indignación al considerar cómo parecen tratar a sus mujeres que ve “pobre y humildemente vestidas, con una manta de algodón cosida á manera de saya, ó basquiña”. Le parece que los hombres guajiros “no permiten fausto, ni altanería en sus mugeres, y las tienen mas sujetas y humildes que los Europeos” (p. 190).

“Y aseguro que es cosa curiosa el ver entrar en la Ciudad un Guagiro con su muger: esta pobre va por delante, cargada de un hacecillo de leña á las espaldas, y á veces con una criatura ó dos en los brazos al mismo tiempo, mostrando en su porte humilde la sujeción, respeto, y temor que tiene al que viene detras; esto es, al Guagiro marido, ó hombre que va á lento paso haciendo de atalaya, ó escolta á la muger” (p. 191).

---

<sup>21</sup> Sobre el uso del hayo o de la coca cf. pp. 24-29. Dice que anteriormente servía de “pasto y sustento de los sacerdotes de los ídolos, que debían ser muy templados, y abstinentes, castos, y retirados, de pocas palabras y de muy corto sueño. [...] Estos sacerdotes se llamaban Xequés, y los había singularmente en Bogotá, Guatavita, y Sogamoso en el Templo famosísimo del Sol” (p. 29).

Para el lector moderno, la indignación de Julián parece respetable. Pero no es seguro que su percepción no esté limitada por un prejuicio europeo. Solamente del andar el hombre delante o detrás no se puede deducir la estimación que tiene la mujer en una sociedad.<sup>22</sup> El paso del Guajiرو “muy serio, grave, y silencioso” no debe interpretarse necesariamente como muestra del “dominio que tiene sobre la mujer y (d)el despotismo”, sino también podría manifestar su libertad frente a los españoles predominantes en la ciudad. De todas formas Julián confiesa “que al ver tal cosa en el río de la Hacha, se me alborotó la colera, y al mismo tiempo la compasion en mis entrañas” (p. 191).

Estos mismos Guajiros que le provocan tanta indignación le causan admiración por su valentía legendaria en las batallas.

“Lo particular que de su valor se cuenta es: que quando sus enemigos les mueven guerra, y los provocan á salir en campo abierto, salen los Guajiros montados todos en sus briosos y ligeros caballos, se van exquadronando en la campaña frente á frente al enemigo; y quando llega el tiempo de presentar la batalla, cortan las piernas á todos sus caballos, para quitar de una vez la ocasion de huir del campo, y volver la espalda al enemigo” (p. 194).

Disparando y recibiendo “nubes de flechas” se acercaron a los enemigos para decidir “la victoria a pulso de mano”. Eso fue en tiempos pasados. Ahora ya lucharían con armas blancas y de fuego. Por eso, opina Julián, ya desde hace mucho tiempo los Cocinas no les hicieron guerra a los Guajiros. Por esta razón también piensa que no se debería esperar mucho para reducir a los Guajiros. El continuo comercio con los extranjeros les provee armas de fuego y les procura esclavos negros. Mezclándose negras y negros con indios e indias “no solamente aumenta el número de gente entre los Guajiros, sino también se multiplica la diversidad de razas temibles de Mestizos, de Mulatos, de Zambos, etc. los quales unidos con los Guajiros, harán siempre mas formidable esta Nacion, y mas difícil cada día su conquista” (p. 195).

---

<sup>22</sup> Cf. Vázquez Cardozo, Socorro/Darío Correa C., Hernán (1993), *Los Wayuu*, en: *Geografía humana de Colombia. Nordeste indígena* (Instituto Colombiano de Cultura Hispánica), Santafé de Bogotá, pp. 215-292. La organización social de los Wayuu o Guajiros es matrilinear. Todavía hoy en día se afirma que “la madre (eyu maama) y su hermano, el tío materno o Alaula, conservan su papel tradicional” (l.c. p. 248). – Cf. también Watson-Franke, Maria-Barbara (1972), *Tradition und Urbanisation, Guajiرو-Frauen in der Stadt*, Wien.

Finalmente recuerda con emoción la lengua guajira, su “dulzura y grato sonido, en la brevedad de las voces, y facilidad en la pronunciación” (p. 193) le parece preferible a todas las que ha oído hablar y interpretar, como el quechua y varios idiomas del Orinoco, o la lengua Mozca<sup>23</sup> de la cual ha leído las gramáticas escritas por los primeros misioneros de Santafé. La lengua guajira

“es sonora, clara, breve en sus expresiones: no tiene el fastidioso monton de letras y sílabas en una sola palabra, ni la molesta reta(h)ila de consonantes sin vocal alguna como tienen otras, ni el tormento de raras inflexiones de labios, ni aberturas, ni contracciones de narices para la pronunciacion como algunas del Orinoco” (p. 193).

### 3 Conclusión

Pasamos por alto lo que Julián relata en la primera parte de *La Perla de la América* sobre el uso de la coca, el oro y las piedras preciosas que los españoles roban de las tumbas antiguas. —Todavía hoy los indígenas se quejan de la guaquería.— Al buscar explicaciones para la técnica avanzada de orfebrería, Julián critica el mito del Dorado. Prescindimos también de lo que expone Julián sobre las culturas autóctonas en su *Trasformazione dell'America*, pues todas las informaciones se las debe a José de Acosta. También comparte con Acosta la perspectiva que le hace ver los elementos más cercanos al culto cristiano como obra de imitación diabólica.

La intención apologética tanto como la perspectiva dogmática de Julián ponen un límite al valor etnográfico de su obra. Sólo al principio de su estancia de casi 18 años en Nueva Granada se dedicó al estudio de un idioma indígena. Es de suponer que, generalmente, acompañando al obispo y luego enseñando en la Universidad, tuvo más trato con criollos que con indígenas.

A pesar de carecer a veces de detalles y precisiones deseables, los datos etnográficos provistos por la historia geográfica de Julián reflejan bien el estado reducido de las culturas autóctonas a la mitad del siglo XVIII. Aunque el autor pueda entusiasmarse, sus juicios son equilibra-

---

<sup>23</sup> Debe tratarse de los Muiscas.

dos. A veces no carece de humor, por ej. analizando unos cuentos vanos sobre salvajes. Describiendo las culturas aplica sin vacilar criterios europeos. Sus juicios sobre cómo combaten o tratan a sus mujeres ponen de manifiesto que sólo vale el código de valores del hombre educado al estilo europeo. Los indígenas son considerados según que se comportan con los españoles: son dóciles o son rebeldes y traidores.

La perspectiva teológica de Julián, tal como se manifiesta en su *Trasformazione dell'America*, queda marcada por la Reconquista y la Contrarreforma. Su visión recuerda los ejercicios espirituales de San Ignacio con la “meditación de dos banderas, la una de Christo, summo capitán y señor nuestro, la otra de Lucifer, mortal enemigo de nuestra humana natura”.<sup>24</sup> América para Julián es “la más apta y capaz de ser paraíso de comodidades y delicias de nuestros primeros padres”. No sólo da razones para situar el paraíso en América sino también da una interpretación forzada de 1 San Pedro 3, 18-20 para comprobar que Jesús mismo al irse de este mundo les dejó a los pueblos americanos “un rayo de luz de su venida y divinos misterios”.<sup>25</sup> Entonces no es de extrañar que el diablo, enmudecido por las misiones en América, trata de “vengarse de la España y alborotar toda la Europa”.<sup>26</sup> Tomando en cuenta esta perspectiva es obvio que las culturas autóctonas con sus religiones propias no tienen valor por sí mismas. Las religiones simplemente han de desaparecer. Hay que seguir liberando a los indígenas de su barbarie, lo que quiere decir: hay que integrarles al servicio de la sociedad colonial. Lo que se llamó en aquella época civilizar y evangelizar, hoy día se llamaría promoción humana y evangelización o simplemente plan de desarrollo.

---

<sup>24</sup> Ejercicios espirituales, n° 136.

<sup>25</sup> *Monarquía del diablo*, p. 208.

<sup>26</sup> *Monarquía del diablo*, p. 182.